



Academia Canaria de la Lengua

Me dirijo a ustedes sin otro mérito que el de mi gran cariño por Josefina. Soy una de sus sobrinas nietas y a su vez nieta de Claudio de la Torre y, parte de mis recuerdos de infancia y juventud están vinculados a mi tía Josefina que frecuentemente visitaba la casa de mis abuelos, donde yo residí mientras cursaba mis estudios universitarios. Ella, muy delicada a sus noventa y tres años recién cumplidos, no ha podido volver a su isla, a La Isla de sus poemas. Nos toca así, a miembros de las dos siguientes generaciones, mi tía Mari Presen que ha estado junto a ella en estos últimos años y a mi el honor de leer sus palabras de:

AGRADECIMIENTO

La edad, con sus condicionantes físicos, me impide, es verdad, estar presente en este acto pero me permite, en cambio, ser mucho más consciente de la profundidad de mi agradecimiento hacia, en primer lugar, la Academia Canaria de la Lengua por distinguirme como uno de sus miembros de honor, y luego hacia todos ustedes que están haciéndome casi revivir con su presencia.

Poco podía imaginar cuando instalé definitivamente mi residencia en Madrid, ¡hace ya tanto tiempo!, que mi biografía se escribiría en circular para venir a cerrarse a orillas del mismo mar que me dio la vida. Como ignoraba entonces, a mi partida, que viajarían conmigo para siempre el sol, la luz y el mar de Las Canteras; la isla en suma. Este espacio que explica mi existencia, todo cuanto he hecho, y que otros han querido interpretar, para mi agrado, como el manantial del que brota mi poesía.

Fue mi maestro, Pedro Salinas, el primero en reparar en esta fuerza peculiar de la insularidad cuando me definió como “muchacha isla” rodeada de agua por todas partes. Una tautología que me complace porque siempre me he sentido, como escritora y como mujer, isla por los cuatro costados, aunque haya sido, por otra parte, incapaz de explicar en que consiste.

Es esta condición inefable la que me ha guiado a lo largo de casi un siglo, y que ya estaba presente desde mi infancia en el Teatro Mínimo de nuestra casa de Las Canteras y del que fue director mi hermano Claudio, auténtico timón tanto de mi carrera cinematográfica como de mis trabajos literarios.

A mi tío Nestor de la Torre le debo mi formación como cantante. Me vienen a la memoria algunos recitales y veladas benéficas, como la celebrada aquí, en Gran Canaria en memoria de Benito Pérez Galdós y que consistió en llevar a escena “La de San Quintín”, donde interpreté el papel de “Rosario”. La música iba a ser ya para siempre una de mis pasiones y busqué la manera de darle salida, por ejemplo en el Lyceum Club Femenino y en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Lugar este último que resultaría, a la postre, el ambiente propicio para dar rienda suelta a todas mis vocaciones. Como ya he dicho en un poema allí estaban todos: “Luis, Jorge, Rafael/Manuel, Gustavo/ ¡ y tantos otros ya perdidos/ Enrique, Pedro, Juan/Emilio, Federico”. Es decir, Buñuel, Aleixandre, Alberti/....Salinas/ y García Lorca.

Una vez más, mi hermano Claudio sería la llave que me abriría las puertas a los ambientes literarios y artísticos que marcaban en Madrid las pautas de un excitante modo de pensar, hacer y crear.

Saulo Torón, Agustín Millares Carló, Edgard Neville, José López Rubio.



Academia Canaria de la Lengua

Con ellos, entre ellos, me convertí en una mujer del 27. Pero nunca me he visto como el prototipo de mujer de vanguardia ni como luchadora feminista; mi única reivindicación era la que encajaba con la idea que tenía de ser yo misma y que se impulsaba a buscar en el cine, en la música, en el teatro y en la literatura una explicación, una respuesta nunca satisfecha a tanto misterio.

Y entre todos mis afanes, la poesía. A Gerardo Diego le debo mi inclusión en su celebre antología “Poesía Española”, convirtiéndome, junto a Ernestina de Champourcin en una de las dos únicas mujeres por él referidas a la “Generación del 27”. Una particularidad en la que han reparado algunos escritores e investigadores a quienes agradezco el entusiasmo puesto en publicar mis “Poemas de la Isla”; así, en la Biblioteca Básica Canaria o en la reciente edición bilingüe del poeta y profesor norteamericano Carlos Reyes, quien ha querido ver, incluso, un parentesco entre mi poesía y la de otra isleña, la cubana Dulce María Loináz, escritora que ha dejado constancia literaria de su vinculación con nuestra tierra.

Como quien asiste en calidad de espectador a su propia puesta en escena, la mirada de quienes se han detenido en mi obra me ha permitido descubrir el hecho probable de que ésta anuncie una poética insular; una voz diferenciada del conjunto de los poetas peninsulares del 27. Corresponde a otros sentenciar en este sentido. Lo único segura es que me siento insular y que en mi poesía son reconocibles la playa, la luz y el mar de mi infancia.

Y de esa mirada ajena han surgido también, recientemente, algunos interrogantes sobre la no correspondencia entre mis publicaciones, mi inclusión en antologías españolas y americanas y el relativo desconocimiento de mi obra en las esferas culturales españolas. Sobre todo ahora, me señalan, cuando los años imponen su peaje y asistimos al adiós, ¡soy la última! de la “Generación del 27”.

Interrogantes que jamás me han producido inquietud porque ya viví en el escenario donde quise realmente estar, pero que me lleva a observar que en este país se percibe mal, como es mi caso, la multiplicidad de facetas y que ello haya podido afectar de modo negativo a mis publicaciones.

Aunque también habría que buscar otra razón en el silencio que impuse voluntariamente a mi poesía durante más de treinta años.

En ese tiempo desarrollé mi actividad en diversos campos creativos.

A modo de anécdota me gustaría recordar que durante los años de la Guerra Civil escribí bajo el seudónimo de Laura Comminges, una serie de novelas cortas que llevaban por título “La Novela Ideal”, en la que también participaba mi hermano Claudio, su mujer Mercedes Ballesteros, y amigos de la familia. Aquella serie de novelas de amor e intriga nos permitió salir adelante durante esos difíciles años.

Con posterioridad vino la etapa de mayor entrega a mi actividad teatral y cinematográfica. De aquellos años guardo la amistad con actores y actrices como Ismael Merlo, Nuria Espert, Amparo Soler Leal, Vicente Parra..., mi trabajo como primera actriz en el Teatro Nacional y la puesta en marcha de compañía propia junto con



Academia Canaria de la Lengua

Claudio. Fueron años en que resurgió la música. Compuse canciones y algunas partituras que, nuevamente, me devolvían a la isla.

Años de actividad que, de pronto, se vieron truncados dolorosamente por la temprana y tan sentida muerte de mi marido el actor Ramón Corroto.

Pero de entre toda esta multiplicidad de facetas mías siento que siempre prevaleció la de poetisa. De este territorio del lenguaje es de donde arranca, hace ya bastantes años, mi retorno imaginario a Las Canteras. De ahí que este escenario que hoy me brinda, como realidad definitiva, la Academia Canaria de la Lengua signifique para mí la conclusión magistral de mi universo.

Me distinguen ustedes haciéndome un hueco entre las voces de la literatura canaria, pero me brindan además el retorno al mejor de cuantos escenarios he pisado. Por todo ello, quiero concluir expresándoles de todo corazón mis más emocionadas gracias.

Josefina de la Torre Millares

Las Palmas de Gran Canaria, 24 de noviembre de 2000